

LA VOZ INTERNACIONAL

Artículos escritos para **La Voz** por los profesores de la **Escuela de Estudios Internacionales (FACES-UCV)**. La responsabilidad de las opiniones emitidas en sus artículos y Notas Internacionales es de los autores y no comprometen a la institución.



HÉCTOR CONSTANT ROSALES

LA PAZ COMO CONSCIENCIA

No sé con qué armas se luchará en la tercera Guerra Mundial, pero sí sé con cuáles lo harán en la cuarta Guerra Mundial: palos y mazas.

Albert Einstein

Labrar el camino de la paz no ha sido nunca tarea sencilla y permanente. La misma historia nos demuestra la enorme carga simbólica que conlleva el heroísmo, el cual a su vez está generalmente vinculado con el éxito en las batallas y las victorias de guerras. Desde hace miles de años y quizás de forma involuntaria, la humanidad ha venido transitando por un culto a la guerra alimentado por una narrativa que prioriza la fuerza -asociada a destreza-, frente al intelecto -asociado a aburrimiento o peor aún a cobardía. Ni qué decir de la historia de los vencidos, cuyos esfuerzos de resistencia sólo son recuperados por historiadores escrupulosos que, contra todo pronóstico, mantienen la cronología y la memoria de la opresión.

En efecto todavía hoy, en la psiquis colectiva, será mucho más sencillo ubicar la gesta de Alejandro Magno, de Hernán Cortés o de Napoleón Bonaparte, que reconocer la trascendencia filosófica de Averroes o los avances extraordinarios de Jacinto Convit. Por lo mismo, será inútil inquirir sobre los principales logros sociales o culturales de las poblaciones precolombinas de América, no sólo por el despiadado memoricidio al que fueron sometidos por la conquista española, sino por el desinterés patente que las generaciones más recientes manifiestan hacia estos temas.

Esta complicidad del culto a la guerra, debemos decirlo, está igualmente incrustada en los sistemas educativos, particularmente en los sistemas educativos de los países del Sur, en los cuales prevalece aún un insólito eurocentrismo a la hora de explicar la evolución (o involución) de nuestro mundo. Los medios de comunicación, particularmente los audiovisuales, tienen igualmente responsabilidad en la difusión de una cultura de la agresividad que queda reflejada en el éxito multimillonario de las producciones cinematográficas asociadas a combates reales o imaginarios.

Corolario de lo anterior, el simbolismo bélico permea en los valores y comportamientos cotidianos de una población "bombardeada" de violencia la cual, por consecuente, reproduce esa violencia como comportamiento natural desde la infancia y hasta la adultez. Si no es canalizada convenientemente, la agresividad

podrá derivar en numerosos otros anti-valores que van desde el uso de la fuerza física hasta el amedrentamiento social.

La cultura de la paz resulta, pues, complicada de anidar y de madurar, ya que su condición de práctica anti-sistémica dificulta su implementación. Y ello es palpable tanto a nivel local como a nivel internacional donde, más allá del esfuerzo diplomático del multilateralismo, prevalece usualmente la Ley del más fuerte y de la hegemonía. Por ello, para evitar que la cuarta Guerra Mundial se luche con palos y mazas, como vaticinó Einstein al ilustrar la total destrucción que supondría una tercera Guerra Mundial, el llamado es a procurar instaurar la paz dentro de nuestras consciencias, desechando toda guerra inútil y hegemónica que suponga, personal o colectivamente, sufrimiento y desesperanza. Como señala la Constitución de la UNESCO: “las guerras nacen en la mente de los hombres, y es en la mente de los hombres donde deben erigirse los baluartes de la paz”.